

La Geocultura Como Elemento de Revitalización de un Territorio

María Montserrat Pastor Blázquez¹

Resumen

En este artículo pretendemos reflexionar, en primer lugar, sobre la relación directa que existe entre el espacio, el tiempo y las manifestaciones culturales que se desarrollan en ambas coordenadas, resaltando la necesidad de que en el espacio leamos el tiempo como, a su vez, en el tiempo tengamos presente su carácter espacializante. Y, en segundo lugar, en esa interrelación que presenta el hombre con el espacio natural, los elementos geoculturales, entre otros, tengan la suficiente fuerza y energía para conseguir la revitalización y la revalorización de los territorios, de una manera crítica, solidaria y sostenible.

Palabras-clave: Geocultura. Espacio. Tiempo. Cultura. Patrimonio. Territorio. Sostenibilidad.

THE GEOCULTURE AS ELEMENT OF REVITALIZATION OF A TERRITORY

Abstract

In this article we intend to reflect, firstly, on the direct relationship between space, time and cultural events being held in both coordinates, highlighting the need for that in the space we read time as, a turn in time should keep in mind their espacializante character. And, secondly, in that interrelation presenting man with the natural space, the geocultural, among others, elements have enough strength and power to achieve the revitalization and the revalorization of the territories, in a critical, supportive and sustainable way.

Keywords: Geoculture; Space. Time. Culture, Heritage. Territory. Sustainability.

¹ Profesora del Área de Didáctica de las Ciencias Sociales, del Departamento de Didácticas Específicas, de la Facultad de Formación del Profesorado y Educación, de la Universidad Autónoma de Madrid. Académica Correspondiente de la Real Academia de Doctores de España.

De la Geografía a la Geocultura, en la Evolución Epistemológica del Conocimiento Geográfico

Durante siglos la Geografía se ha limitado a un conjunto de medidas y hechos integrantes del medio físico, especialmente en lo referente a la morfología terrestre. No hay más que preguntar a alguien con qué identifica la Geografía, que inmediatamente tienen la representación mental de una montaña o un río. Es decir, identifican Geografía con una parte de ella, como es la Geografía Física, ya sea en sus aspectos Geomorfológicos –del relieve –, Hidrográficos –de su agua – o Climáticos.

Visto así, siguen presentando una visión clásica de la Geografía, centrada en la descripción de la Tierra y su representación, hundiendo sus raíces en la visión geográfica corográfica, representada por Estrabón o la geografía cosmográfica de Ptolomeo. En estos postulados precientíficos, se pensaba que los hechos geográficos –circunscribiéndose exclusivamente a los elementos físicos – ya estaban dados y, solo faltaba descubrirlos para, posteriormente, describirlos.

El mundo de la Geografía se configura, por tanto, como una historia natural, la historia de la naturaleza y, por consiguiente, de un espacio natural.

Pero aún siendo esto verdad, ya en la Antigüedad clásica, un geógrafo descriptivo como fue Estrabón, en su magna obra geográfica “*Geografía*”, le lleva a despreocuparse por las causas físicas de los fenómenos naturales, para centrarse en los aspectos humanos, en la historia y en los mitos para componer un relato de las gentes y los países que estudiaba. Y así nos indica: “[...]por la expedición de Heracles, que se prolongó hasta aquí, y la de los fenicios, se pintaron la riqueza y despreocupación de sus gentes, éstas llegaron a estar tan completamente sometidas a los fenicios que la mayor parte de las ciudades de Turdetania y de los lugares cercanos están hoy habitadas por aquéllos. Y me parece que la expedición de Odiseo, que llegó hasta estos parajes y fue conocida por Homero, le dio un pretexto para, a partir de lo ocurrido, transformar tanto la Odisea como la Iliada en poesía y en la fabulación habitual en los poetas. Pues

no solamente presentan vestigios de estos acontecimientos lugares de Italia y Sicilia y algunos otros, sino que también en Iberia aparece una ciudad Odisea, un santuario de Atenea otros miles de indicios de sus andanzas y las de otros supervivientes de la Guerra de Troya[...]” (Estrabón, 1992, p. 11-13).

Desde los inicios clásicos y en la figura del historiador y geógrafo griego Estrabón, encontramos dos elementos que resultaron fundamentales para la evolución y transformación del concepto de Geografía y de espacio geográfico. El primero de ellos, el relacionar de manera estrecha el territorio geográfico con la vida de los hombres que la habitan y, por extensión, de sus manifestaciones culturales: su lengua, sus costumbres, sus tradiciones, su gastronomía, su vivienda, su vestimenta, su arte, sus manifestaciones económicas.

Y así, el valor de un espacio, de un territorio está en las manifestaciones culturales elaboradas por los ciudadanos que lo habitan. Los dos vértices del triángulo ya están presentes: Espacio-Cultura, Geografía-Cultura. Pero realmente su valor se encuentra en los *cuatro pilares sobre los que se sustenta toda gestión del patrimonio cultural*, como son: el mayor o menor conocimiento e investigación que se tenga de esa cultura, de ese espacio y de ese territorio, además de la protección, de la conservación y la de su difusión (Fernández de Córdoba, 2012, 2013, p. 14).

Y para su difusión y conocimiento interviene –además de otros factores –, un segundo elemento esencial, como es *el papel representado por los viajeros y sus viajes*. Y aquí, de nuevo, encontramos en Estrabón, como uno de los pioneros por el gusto del conocimiento de otras tierras, de otros territorios. Estrabón fue un gran viajero que, aprovechando la pax romana, recorrió prácticamente todas las tierras del mundo conocido hasta ese momento. El viajero que da a conocer el territorio y las manifestaciones culturales que se encuentran en ellas.

Concepto de viaje y de viajeros que han evolucionado con los tiempos pero que, en cada momento de la historia, han contribuido, de forma diferente, a revitalizar un territorio. Porque además, en esas tierras, en ese espacio y a través de sus distintas manifestaciones culturales a lo largo de su historia, leemos el

tiempo. Ya el sociólogo alemán Kart Schlögel en su obra *En el espacio leemos el tiempo* pretendía averiguar qué ocurre cuando se piensa y describe también en términos espaciales y locales procesos históricos. Espacio y tiempo, que junto a la cultura conforman los tres vértices del triángulo. *Espacio, tiempo y cultura que investigado, conocido, protegido, conservado, difundido y visitado revitalizan ese territorio.*

Y esto será posible, tras un nuevo enfoque geográfico cuando se cuestionó la validez de los contenidos, exclusivamente físicos que presentaba la Geografía y, por primera vez, se tiene en cuenta que el hombre es el protagonista activo en los procesos naturales. Cambia el concepto geográfico, pasando de concebir la Tierra como astro, a la Tierra como espacio en donde interactúan los aspectos económicos, políticos, sociales, artísticos..., que definen la cultura de las gentes de un territorio. Así, la historia del hombre, la historia de la Humanidad se hace interdependiente, confluyendo en un mismo proceso con la historia Natural. En la etapa del pensamiento científico, se vincula la Geografía con el gran movimiento de las Ciencias Sociales y participa de manera interdisciplinar, en el movimiento general que se ocupa de los problemas humanos. El hombre entra en un proceso de interrelación con su paisaje, su territorio.

Un momento decisivo será la coyuntura que presente el siglo 18, con las aportaciones al saber del pensamiento ilustrado y, en ese afán, por llegar al mayor conocimiento en múltiples aspectos, se ponen en marcha importantes expediciones científicas, como por ejemplo las relacionadas con la Botánica. Qué mejor ejemplo que el *Jardín Botánico* de Madrid, mandado construir por el rey Carlos III, con el objetivo de reunir y estudiar todas aquellas especies botánicas provenientes de los territorios que configuraba la España de finales del 18. Especies botánicas provenientes de diversas expediciones, como la de Malaspina en 1788. Y así nos indica Fernández – Armesto: “*Expediciones botánicas a Nueva Granada, México, Perú y Chile reuniendo un completo muestrario de la flora americana. La más ambiciosa de aquellas expediciones fue un viaje hasta América a través del Pacífico por el súbdito español de origen napolitano, Alejandro Malaspina*”(Fernández-Armesto,2006).

Pero el *Jardín Botánico* de Madrid es más que un jardín botánico pues, siguiendo la estela de la procedencia de sus especies botánicas, podemos reconstruir el mapa cartográfico de los territorios borbónicos españoles que se extendían por tierras americanas y asiáticas, a finales del siglo 18. *Geografía y Política presentes en la reconstrucción cultural de un territorio*.

Viajes y expediciones que en los comienzos del siglo 21, diversas instituciones españolas han querido recuperar y revivir con la puesta en marcha de una gran expedición científica de circunnavegación, denominada “Expedición Malaspina 2010-2011”.

Viajeros que como Humboldt, presenta una narrativa de sus viajes y un examen crítico de la historia de la geografía del continente americano, centrándose en Cuba y México, pero que añade a sus visiones, un discurso dialéctico entre el marco físico y el humano, al señalar: “*Residí en el vasto reino de México durante un año, habiendo llegado por el mar del sur en el mes de marzo de 1803. Tras de haber llevado a cabo algunas investigaciones en la provincia de Caracas, en las riberas del Orinoco, del río Negro y del Amazonas, en la Nueva Granada, en Quito y en las costas del Perú, debí sorprenderme por el contraste que existe entre la civilización de la nueva España y la poca cultura de las porciones de la América meridional que acababa de recorrer. Este contraste me excitaba a la vez el estudio particular de la estadística de México y a investigar las causas que más han influido en los progresos de la población o de la industria nacional[...]*” (Humboldt, 1811).

Y aún persistiendo en Ritter, el predominio de la estructura física de cada país como elemento decisivo en el progreso histórico de cada nación, aún así, estamos en condiciones ahora de señalar como, a su vez, las propias características históricas de cada nación, sus propias manifestaciones culturales que engendran una identidad propia, propician y revitalizan en todos los aspectos, a la misma estructura y espacio físico que constituye el territorio.

Pensamiento ilustrado del 18 que se enriquece con las aportaciones de la corriente romántica de principios de principios del 19, que convierten a las expediciones arqueológicas –siguiendo los mismos pasos de las expediciones botánicas –, en los búsqueda incesante de antiguos espacios marcados por la cultura histórica del pasado. Y si en el 18 lo representó el redescubrimiento de las ciudades de la Antigua Roma, Herculano y Pompeya, enterradas por la violenta erupción del volcán Vesubio, en el 19, y siguiendo la huella medieval, del exotismo oriental, los viajes y viajeros románticos redirigen sus pasos, en el redescubrimientos de paisajes musulmanes, que en el caso español, lo representó el antiguo reino nazarí, con la *Alhambra* de Granada.

Una Alhambra olvidada y abandonada a su suerte que se redescubre y reinventa a través de la mirada del diplomático y viajero norteamericano, Washington Irving. Como bien señala Antonio Gallego Morell: “*Irving es el primer hispanista norteamericano y el primer viajero que llegaba al viejo mundo para entablar los primeros contactos de orden cultural. Es el precursor de la espléndida historia del Hispanismo en los Estados Unidos de América, el inventor de la España literaria para uso de turistas o viajeros y, a su vez, el primer viajero americano que descubre paisajes y libros españoles*” (Irving, 2003).

Pero la verdadera transcendencia de la figura de Irving, radica en redescubrir la Alhambra no solo en su valor arquitectónico sino como un *legado* que reinterpreta la forma de la vida de los habitantes que constituyeron el reino nazarí, no solo representado en su rey Boabdil sino configurado también por su pueblo y todas sus manifestaciones culturales. Y para eso, era imprescindible no solo visitar el monumento sino vivir y residir durante unos años en él – desde 1835 hasta 1837 – y hablar con los llamados “hijos de la Alhambra” que se encargaban de transmitir, a las siguientes generaciones, el *legado* de historias y leyendas nazaríes. Y adelantándose a su tiempo y sin ser consciente de ello, Irving se convierte en un verdadero gestor del Patrimonio cultural de la Alhambra, ya que con su obra asegura la supervivencia no solo de la Alhambra sino de todo su territorio y paisaje, asegurando los cuatro pilares de toda gestión patrimonial: primero, investiga y redescubre la Alhambra, segundo, a partir de ese momento se

retomará su reparación, restauración y conservación para, en tercer lugar, poner en marcha leyes de protección, cuando en 1940 se constituya el Museo Arqueológico de la Alhambra. Pero el acontecimiento decisivo para la revitalización de ese paisaje y territorio será su cuarto aspecto, como fue el difundir el mundo de la Alhambra a partir de sus *Cuentos de la Alhambra*. No es casualidad, que la Alhambra, se haya convertido en el conjunto cultural más visitado de España¹ y que fuera, en el año 2007, una de las 21 candidaturas finalistas para ser una de las “nuevas siete maravillas del mundo moderno”,² inspirado en la lista de las “siete maravillas del mundo antiguo”, aunque al final quedara en noveno lugar. Legado de Irving, que a partir del siglo 20, han gestionado de manera magistral la Unesco y el Patronato de la Alhambra y el Generalife.

Y así, ya en la segunda mitad del siglo 19 y bebiendo de postulados deterministas, Ratzel, continuador de la obra de Ritter, reflexiona sobre las relaciones existentes entre el espacio geográfico y la población e insinúa la idea de que la población necesitan difundir sus rasgos culturales más allá de su ámbito original y, a su vez, los contactos con otros pueblos permitirán de igual forma su desarrollo, ya que las formas culturales son el resultado de las condiciones del medio natural.

Pero además, las formas culturales hacen posible que el ambiente original, el territorio original se revalorice, no solo económicamente, que en época de crisis es necesario –crisis como la que estamos viviendo en los inicios del siglo 21 –, sino que se revaloriza también como entidad que constituye una identidad propia.

Y si Ratzel, insiste en el análisis de las influencias que las condiciones naturales ejercen sobre la evolución de las sociedades, será Vidal de la Blache quien replique a estos planteamientos deterministas, afirmando que la inteligencia humana es capaz de encontrar recursos para superar ambientes hostiles y dominar las fuerzas de la naturaleza, a lo que añadía la aseveración de que el desarrollo espacial de las sociedades humanas solo está condicionado por la capacidad de los seres humanos para adaptarse al medio natural sobre el que actúan y al que doblegan (Rodríguez, 2004, p. 45).

Así Vidal de la Blache, le otorga especial relevancia al “*legado*”, de modo que el paisaje es el resultado de la acción sucesiva de generaciones de pueblos. De nuevo, nos encontramos con la importancia que las manifestaciones culturales de los pueblos y su relación directa que tienen con el medio y el territorio en el que se originan. Tenemos ya una Geografía que se presenta como una ciencia de síntesis que estudia la interacción entre el hombre y el medio. El propio Vidal de la Blache ya nos dice: “*Hoy en día todos los sectores de la tierra se encuentran relacionados; el aislamiento es una anomalía que parece un desafío, y el contacto ya no se da solo entre ámbitos contiguos y vecinos sino entre ámbitos lejanos. Las causas físicas, cuyo valor trataron de demostrar otros geógrafos, no son en absoluto despreciables: siempre hay que señalar la influencia del relieve, del clima, de la posición continental o insular sobre las sociedades humanas, pero debemos encarar sus efectos a la vez sobre el hombre y el conjunto del mundo viviente. De este modo podemos apreciar el papel que conviene atribuir al hombre como factor geográfico. Es a la vez activo y pasivo, porquenatura non nisi parendo vincitur*”(Vidal de La Blache, 1977, p. 113).

Una Geografía, ya desarrollada en el siglo 20, que siguiendo la estela de una geografía humana, con hombres, como intentó Vidal de la Blache, prosigue con la Geografía radical y humanista, en donde resaltan la importancia de los lazos que unen al hombre con el lugar. Y así Buttimer examinó fenomenológicamente los mecanismos que ligan positiva y negativamente al hombre con el lugar, y ya nos señalaba que “*Es difícil para una oriunda de la Irlanda rural tomar una postura culturalmente relativista con respecto a los paisajes deslocalizados del campo de movimiento. No es sólo a causa de la estética o de la sobrecarga sensorial; más bien deriva de una náusea hacia los valores que hacen que las máquinas, los bienes de consumo, el movimiento y el comercio sean más importantes que el encuentro humano o que dejar que la naturaleza tenga espacios para respirar[...]*”(Buttimer, 1985, p. 235).

Visión que se completa con el análisis psicológico que presenta la Geografía de la Percepción, preocupándose o interesándose por la forma en que las personas perciben su medio ambiente y las factores que reflejan las relaciones

entre el pensamiento y la acción. Y así el hombre toma decisiones y actúa según la imagen que tiene de ese medio que depende en gran medida de los caprichos, gustos o tendencias de una época determinada. Y en este sentido encontramos ejemplos muy significativos, en donde, por influencia de ciertos cánones de estética paisajística, se han revalorizado unos territorios en detrimento de otros, en relación directa con la percepción que se tiene en esos momentos, sobre qué tipos de paisajes deben ser conservados y protegidos. Y así, a principios del siglo 20, se percibía el paisaje de los bosques alpinos franceses, como el modelo de paisaje referente en Europa digno de ser conservado y protegido y, por consiguiente conocido y visitado. No es casualidad, que los dos primeros Parques Nacionales Españoles fueran elegidos siguiendo esa misma estética paisajística. La primera Ley de Parque Nacional, aprobada el 8 de diciembre de 1916, recogía el concepto estético y paisajístico de parque nacional, basado en su “*valor forestal*”, bajo el que se declararon en 1918, los dos primeros parques nacionales: el Parque Nacional de la Montaña de Covadonga y el Parque Nacional de Ordesa. El valor forestal primaba, tanto en el de Covadonga, al estar encuadrado en los Picos de Europa, como en el de Ordesa, en pleno pirineo oscense. En la actualidad, 2013, España cuenta con catorce espacios protegidos, catalogados con la denominación de Parque Nacional, pero ahora es Canarias, con cuatro, la Comunidad que más parques nacionales presenta: Parque Nacional de Caldera de Taburiente (La Palma), Parque Nacional de Garajonay (La Gomera), Parque Nacional del Teide (Tenerife) y Parque Nacional de Timanfaya (Lanzarote). Parques nacionales muy lejos de la estética alpina francesa, pues la percepción de los mismos ha ido evolucionando a lo largo del siglo 20.

La clave explicativa, de este cambio en la percepción del paisaje y del territorio se encuentra en la incorporación de otro elemento esencial, que ha revalorizado otros espacios, antes prácticamente olvidados: *la interacción de la labor del hombre con la naturaleza y el espacio natural. Es decir, las manifestaciones culturales que se producen en estos paisajes y en estos territorios.* El valor forestar sigue siendo importante, pero no es el único elemento a tener en cuenta. Y de esta manera cambia la percepción sobre el paisaje y surgen nuevos espacios dignos de ser conocidos, conservados, protegidos y visitados.

Como es, en el caso de España, la riqueza y el valor de la “dehesa”. Un paisaje característico exclusivamente de la península ibérica, situado en un enclave de suelos pobres, de roca dura, pero que el hombre ha conseguido que produzca una gran riqueza –corcho, pasto... Un dehesa, con un alto valor ecológico, que solo ahora ha conseguido que se le reconozca. Paisajes de la dehesa, antes desdeñados, que ahora han revalorizado y revitalizado el extenso territorio extremeño, con la ayuda y el apoyo de los *Centros de Interpretación de la dehesa*,³ creados la mayoría de ellos en los albores del siglo 21.

Cambios de gustos y de tendencias, también observables en la errónea percepción que durante el siglo 20 ha recibido la sierra madrileña, injustamente clasificada en la “sierra pobre” y la “sierra rica”. Denominación de “sierra pobre” proveniente de los pueblos de la sierra norte madrileña, caracterizada por una arquitectura de pizarra negra, estéticamente percibida como incompatible con la construcción de urbanizaciones de segunda residencia, dirigidas a la clase media- alta madrileña. Proyectos urbanísticos que se redirigieron hacia el noroeste de la Comunidad de Madrid, en plena sierra de Guadarrama, considerada a partir de ese momento como la “sierra rica”. Ese “aparente inconveniente” que ejerció de freno para su desarrollo urbanístico, se ha convertido, con el paso del tiempo, en una ventaja, al poder conservar sus tradicionales arquitecturas, sus tradicionales formas de vida rurales, su auténtica y propia identidad, en donde radica, en la actualidad, la verdadera revitalización de estos territorios serranos. Ruta de la arquitectura negra, compartida con los pueblos negros de la sierra norte de Guadalajara. Pizarra negra que se ha convertido en la gran señal de identidad de estos pueblos, que anhelan conseguir en la actualidad la consideración de patrimonio de la humanidad.

Hoy en día, en esa interacción de la labor del hombre con la naturaleza, que se plasma en las diferentes y variadas manifestaciones culturales, propias de la identidad de cada pueblo, encontraremos el nuevo papel que tiene que desempeñar la Geografía, no ya de una manera aislada sino parte integrante de la mentalidad cultural de un territorio, que en diálogo activo, sean los encargados de realzar y revalorizar esas tierras. ¡Y ya no nos debería de valer

cualquier actividad generadora de riqueza en un territorio! Nos encontramos en pleno debate ético y filosófico sobre algunos proyectos urbanísticos que, aunque sean “hipotéticamente” generadores de puestos de trabajo e importantes resultados económicos, no sean los más adecuados para un desarrollo respetuoso y equilibrado de ese territorio. Nos estamos refiriendo, por ejemplo, al *Proyecto de EuroVegas*, del multimillonario Sheldon Adelson. Madrid fue elegida como sede de su proyecto en Europa, el 9/9/2012, decidiéndose su ubicación definitiva en terrenos del municipio madrileño de Alcorcón, el 8/2/2013. El proyecto de Las Vegas Sands, en Alcorcón, inmediatamente ha tenido como respuesta una movilización social, con la creación de la *Plataforma “EuroVegas NO”*. En idéntica situación se encuentra el *Proyecto del nuevo Club de Campo del Noroeste*, previsto desarrollar en los terrenos de la Finca de El Garzo, en el municipio madrileño de Las Rozas. Proyecto que se presentó en enero del 2012 y que supondrá la construcción, de propiedad privada, de campos de golf, hípica y otros deportes al aire libre, como baloncesto, fútbol, canchas de tenis, pádel... , sin tener en cuenta que esta Finca se incluye en el Parque Regional de la Cuenca Alta del Manzanares y que estos terrenos están incluidos en la Red Natura 2000, lo que lo convierte en un ecosistema protegido por la Unión Europea, al cumplir la función de franja protectora del Monte de El Pardo. La respuesta no se hizo esperar, en octubre de ese mismo año se constituyó la *Plataforma Defensa “Finca de El Garzo”*, denunciando a todo aquel modelo económico basado en la destrucción del medio ambiente y dependiente de inversiones millonarias.

Proyectos basados en un supuesto desarrollo y revalorización de un territorio, a base de esquilmar y destruir su riqueza natural, que nada tiene que ver con unos modelos de desarrollo que *sustenten y realcen su valor en dar a conocer, conservar, proteger y difundir su patrimonio cultural y natural a lo largo de los tiempos. En definitiva, Geocultura: espacio, tiempo y cultura.* Y en este sentido, será fundamental la nueva percepción que las nuevas generaciones de ciudadanos críticos tengan del paisaje y del territorio. Nueva sensibilidad, que estará directamente relacionada con el grado de instrucción y nivel educativo de nuestra sociedad, así como de una nueva estética cultural acorde a las sociedades democráticas en las que vivimos.

La Geocultura en el Proceso de Interacción de las Ciencias Sociales

Si dentro de la propia disciplina de la Geografía se ha producido una evolución epistemológica y didáctica de su propio conocimiento –como hemos señalado en el apartado anterior –, otro cambio fundamental que ha ayudado a consolidar los nuevos planteamientos geográficos, procede de la revisión que, también, se ha experimentado en el conjunto de las disciplinas de las Ciencias Sociales. Y en el acontecer del siglo 20, sugerentes corrientes de pensamiento plantearon la necesidad de integrar el conocimiento de las distintas ciencias sociales en el análisis, descripción, interpretación y comprensión de los acontecimientos humanos. Es verdad que esta necesidad de integración, de interacción y de interdisciplinariedad comenzó en el campo de la Historia, pero continuaron y arrastraron con ella, a la Economía, Sociología, Antropología y, por supuesto, a la Geografía.

Superados los planteamientos positivistas decimonónicos, en donde, por ejemplo, desde la historia se defendía que el fin último de la investigación histórica era definir las leyes de la evolución de la humanidad, es decir, delimitar las leyes universales de la vida social; desde el historicismo y en especial con Dilthey, ya se afirmaba que, a diferencia de las ciencias naturales que estudian el mundo de los objetos, la historia se interesa por los humanos.

Lo humano y sus manifestaciones culturales, lo humano y lo cotidiano, lo humano y sus mentalidades, que necesitaron planteamientos interdisciplinarios plasmados por los seguidores de Annales.

Y no es casualidad, que la mayoría de estos historiadores fueran grandes apasionados de la geografía, ya sea en el caso de Georges Duby o de Fernand Braudel. En ambos está presente la importancia que el espacio tiene para el discurso histórico y viceversa.

Y así Braudel ya señalaba en su magna obra de *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*: “Si la nueva historia debe ser, como creo, una reconstrucción del pasado, captado en toda su amplitud y en

toda su complejidad, tendrá que incorporar en sus cuadros y explicaciones la obra entera, tan rica, de las ciencias sociales, sus vecinas. Por consiguiente, el historiador tendrá que ser, desde luego, historiador; pero también y a un tiempo economista, sociólogo, antropólogo y hasta geógrafo... La primera parte de este libro se centra en torno a la geografía. Pero es una geografía muy sui generis, atenta especialmente a cuanto concierne a los factores humanos. El resultado de esta acumulación será un marco en el que, a través del tiempo y del espacio, se desarrolla una historia a cámara lenta que permite descubrir rasgos permanentes. En semejante contexto la geografía deja de ser un fin en sí para convertirse en un medio; nos ayuda a recrear las más lentas de las realidades estructurales, a verlo todo en una perspectiva según el punto de fuga de la duración más larga” (Braudel, 1987, p. 9, 27).

Insistiendo aún más en el enriquecimiento que la Historia ha obtenido de las reflexiones de otras Ciencias Sociales, y en especial de la Geografía, Braudel afirma; “*¿Es necesario insistir en su deuda hacia la geografía o la economía política, o también la sociología?... No es necesario multiplicar los ejemplos para explicar hasta qué punto se ha enriquecido la historia en los últimos años gracias a la adquisiciones de las ciencias vecinas. De hecho, puede decirse que se ha construido de nuevo... Como historiadores, debemos iniciar una serie de diálogos con cada uno de los grandes sectores de las ciencias del hombre. En primer lugar, con la geografía. El espacio de las civilizaciones constituye algo muy diferente de un accidente; si supone un reto, es un reto repetido, de larga duración. Ya Lucien Febvre insistía en subrayar en el fondo de cada civilización esos vínculos vitales e infinitamente repetidos con el medio que crean – o mejor dicho que deben volver a crear a lo largo de su destino – esas relaciones elementales, y en cierta manera todavía primarias, con los diferentes tipos de suelo, los vegetales, las poblaciones animales, las endemias[...] (Braudel, 1982).*

De igual manera, ya Gérard Noiriel señalaba la necesidad de que la Historia se abriera más a la Filosofía y a las Ciencias Sociales, para reivindicar el carácter de historia-relato frente al de Historia-Ciencia, no solo a partir de propuestas provenientes de la “deconstrucción”, o la “hermenéutica”, de Gadamer,

al indicar que es gracias al lenguaje como podemos tener acceso al pasado”, al “postestructuralismo”, o al denominado “giro lingüístico”, que a través de Paul Veyne, en su obra *Cómo se escribe la Historia*, se nutre de reflexiones filosóficas en las que se apoya para defender la idea de que la Historia no es otra cosa que una “puesta en intriga”, el arte de contar historias verdaderas, empíricas. Este “giro lingüístico” nutrirá a la historia de tres excelentes campos de estudios interdisciplinarios: los partidarios de la “Historia intelectual” impulsada por Quentin Skinner, a los de la “microhistoria” y a los de la “historia antropológica”. Hasta llegar a un programa de investigación histórica inscrito en una “perspectiva pragmatista”, con una gran carga crítica, al afirmar que no es posible situarse fuera del lenguaje para pensar la relación entre la realidad y su representación. El historiador debe ser capaz de traducir las preocupaciones de los profanos y plantear interrogantes adecuados al grado de desarrollo conseguido por las ciencias del hombre y de la sociedad.⁴

Esta necesidad de planteamientos interdisciplinarios y este grado de crítica pragmática que se plantea en la Filosofía y en la Historia, inunda de igual manera al conjunto de las ciencias sociales. Y en especial, también a la Geografía.

Si a la disciplina de la Historia se le atribuye el deber de no solo interpretar el mundo, sino también el de contribuir a transformarlo, de igual forma se caracteriza al resto de las disciplinas sociales. En la propia definición de Ciencias Sociales, que nos ofrece el profesor Clemente Herrero, aparecen de nuevo dos ideas ya presentadas anteriormente: la íntima relación entre el tiempo y el espacio, entre la Geografía y la Historia, así como el marcado carácter de concienciación y de crítica social que presentan el conjunto de estas disciplinas. Así nos señala: *“las ciencias sociales estudian el espacio social, por tanto la ciencias sociales son “espacializantes”, el lugar en el que se materializan las relaciones sociales, siendo el resultado de la interacción de las colectividades sobre el medio geográfico a lo largo de la Historia. Sin el aspecto histórico, los espacios geográficos, salvo los estrictamente naturales, no se pueden entender. En este sentido va a adquirir una gran importancia la Historia, no como descripción del pasado, sino como un elemento que se refleja en el presente.*

Estos aspectos históricos enlazan con intereses muy concretos, económicos, políticos e incluso militares que subyacen en la organización de los diferentes conjuntos espaciales. El objetivo terminal de las Ciencias Sociales nos situaría de manera crítica e imaginativamente en la sociedad en la que se vive, interviniendo en este proceso tres variables: la evolución de la sociedad en el tiempo, aspecto histórico; la organización de la sociedad en los diferentes espacios mundiales, aspecto geográfico, y en el estudio de los problemas que tiene la sociedad, que ha evolucionado en el tiempo y está organizada en el espacio geográfico, y las soluciones que se dan en los mismos: aspectos políticos y socioeconómicos(Herrero, 2005, p. 41).

En esta definición, queda ya dibujada la necesidad de una interacción entre la Geografía y la Historia, la Geografía y la Política y la Geografía y la Economía. Ya están presentes la Geoeconomía y la Geopolítica.

No podemos hablar de *Geopolítica*, sin hacer referencia a la obra de Immanuel Wallerstein, *Geopolítica y Geocultura*, en donde analiza de manera magistral el declive de la hegemonía de los Estados Unidos en los ritmos cíclicos de la economía mundial capitalista, tras la caída del Muro de Berlín, llegando a crear la noción de “sistema mundial” al defender que “*aunque muchos comentaristas han aclamado 1989 como el comienzo de la pax americana, la tesis del presente libro sostiene que, al contrario, marca el fin de la pax americana. ¡La guerra fría era la pax americana! La guerra fría ha terminado; por consiguiente, la pax americana ha tocado ya a su fin*”(Wallerstein, 2007, p. 11).

Pero realmente lo más interesante de sus reflexiones es llegar a señalar como desde 1968, ha habido un rechazo a las ideas del universalismo del liberalismo, mediante un hincapié intelectual en la “cultura”, en lugar de en la economía y en la política, *llegando a considerar la Geocultura, como la otra cara de la Geopolítica*.

Por *Geocultura*, Wallerstein entiende un conjunto de ideas, valores y normas que fueron ampliamente aceptados en todo el sistema y que desde entonces han enmarcado la acción social. Y en ese sentido le lleva a definir la

cultura como: “*el conjunto de valores o prácticas de cierta parte más pequeña que un todo. Esto es válido tanto si uno emplea el término cultura en el sentido antropológico para aludir a los valores y/o prácticas de un grupo en oposición a cualquier otro grupo en el mismo nivel de discurso (cultura francesa frente a cultura italiana, cultura proletaria frente a cultura burguesa, cultura cristiana frente a cultura islámica, etc.), como si uno lo emplea en el sentido de las bellas letras para referirse a valores y/o prácticas “más elevados” que “innobles” dentro de cualquier grupo, un significado que por lo general suele aludir a la cultura como representación, la cultura como la producción de formas artísticas. En cualquiera de las dos acepciones, la cultura (o una cultura) es lo que ciertos individuos sienten o hacen, a diferencia de otros que no sienten o hacen las mismas cosas*”(Wallerstein, 2007, p. 255).

Pero Wallerstein tras esta definición plantea una pregunta y una afirmación. La pregunta: ¿quién o qué está en posesión de esa cultura?, y en la afirmación señala: cómo los valores no son buenos simplemente porque sean válidos por un grupo y, por supuesto, las prácticas no son buenas sólo porque un grupo las lleve a cabo. Y es aquí donde radica una de las cuestiones fundamentales que ya hemos señalado con anterioridad. El supuesto desarrollo y revalorización de un territorio, en base a los intereses de la construcción y el desarrollo urbanístico, aún siendo aceptados por el grupo social, en aras a los beneficios que pueden generar, con la creación de puestos de trabajo y de una elevada recaudación de ingresos, no deben ser asumidos por ese colectivo si no van acompañados de otra serie de manifestaciones propias de la cultura de ese colectivo, que aporte unos valores inherentes al desarrollo integral del ser humano.

Y en este sentido, Rodolfo Kusch (1976), fue más allá al gestar el término *Geocultura*, para utilizarlo en el desarrollo del paradigma de pensar la “liberación “desde los sujetos de la liberación. Así el punto de vista geocultural hace referencia a un contexto firmemente estructurado mediante la intersección de lo geográfico con lo cultural. Fundamentalmente consistente en considerar que todo espacio geográfico –todo “hábitat” – está siempre ya “recubierto” por el “pensamiento del grupo”, y que éste siempre está “condicionado por el lugar”.

De modo que no cabe hablar de “Geografía” y de “cultura”, sino de “unidad geocultural”. En esta Geocultura como perspectiva de liberación, el “lugar” no está concebido como posesión y usurpación, sino como “tierra” imprescindible para el desarrollo de cada cultura (Langón, 2005)

Geocultura como conjunto de ideas, valores y normas, como perspectiva de liberación a partir de una unidad geocultural, pero también como la relación inherente que existe entre cultura e identidad. Jean Tardiff señala en su *Geocultura en la Globalización*, de qué forma las identidades culturales pueden desempeñar un papel principal en la gestión de la cultural y se cuestiona cuáles son los cambios producidos en la cultura a partir de la globalización.

Lo que no cabe duda es que el concepto de Geocultura, ya sea utilizado por sociólogos estadounidenses, en la figura de Wallerstein, o por filósofos argentinos, como Kusch, contiene en la mayoría de los pensadores del continente americano una gran carga de concienciación y de crítica social. Está presente la posibilidad y la necesidad de cambiar la sociedad a través de la cultura, destacando los valores que están presentes en ella, porque en las manifestaciones y “*objetos culturales residen valores, porque en los procesos culturales está incorporado algún valor*”, como muy bien diría Rickert, en *Ciencia cultural y ciencia natural* (Rickert, 1963, p. 55).

Pero si el moderno sistema mundial está en crisis, porque también están en crisis los principios de la economía mundial capitalista, posiblemente contagiados de la propia globalización, también estén en crisis los valores culturales transmitidos por el Estado del Bienestar. Aprovechando la necesaria reflexión ética que tendría que conllevar toda crisis económica, no estaría demás que nos planteáramos también, una reflexión profunda sobre la cultura y los valores que están presentes en la sociedad de comienzos del siglo 21. No toda cultura es válida y buena como, tampoco son válidos los valores por el simple hecho de ser compartidos por un grupo social. La Geocultura no puede responder a simples programas de consumo cultural.

De la crisis del Estado del bienestar a los nuevos retos planteados por la Geocultura como elemento de revitalización de un territorio

Si partimos de la base que están en crisis los principios de la economía mundial capitalista, igualmente nos lleva a afirmar que está en crisis el Estado del Bienestar y toda la estructura política, económica, social y, por supuesto, cultural que la acompañaba.

Deteniéndonos en los aspectos puramente culturales, ya habíamos afirmado que para su gestión patrimonial –tanto la natural como la cultural – era prioritario cumplir cuatro elementos fundamentales: conocerlo, protegerlo, conservarlo y difundirlo. Y ya señalamos el papel extraordinario que representaron los “viajes” y “los viajeros” para alcanzar estos principios. Pero necesitamos, llegados a este punto de nuestra reflexión, formularnos tres preguntas, para apreciar el cambio que se ha efectuado antes y después de la implantación del Estado del Bienestar, referentes a ¿quién o quiénes fueron en el pasado y son actualmente los relacionados con el acervo cultural de un país?, ¿con qué objetivo y finalidad se acercaron y se acercan en la actualidad? Y como prioritario ¿con qué nuevo objetivo, finalidad y distinta sensibilidad se debería percibir el territorio –y sus manifestaciones culturales – para conocerlo, protegerlo, conservarlo y difundirlo.

Hasta mediados del siglo 20, un grupo reducido de población, una minoría de la sociedad, representantes de la intelectualidad, integrada por geógrafos, historiadores, arqueólogos, artistas, sociólogos, antropólogos, escritores, físicos, geólogos, botánicos... se acercaron al legado cultural heredado, con la intención y finalidad de investigarlo y estudiarlo. Aquello que los especialistas vislumbraban que pudiera contener algún valor, era digno de ser visitado, a costa de largos y costosos viajes, para ser conocido y difundido a toda la comunidad científica. Aquellos que contemplaban la cultura de los diferentes países y territorios tenían como finalidad su conocimiento y protección para la posteridad. Y otro grupo, la clase dirigente política, se acercaba a ella para justificar la identidad

nacional de un territorio. Grupos y élites relacionadas con el poder y el saber que serán casi los únicos que estarán en contacto directo con las manifestaciones culturales que se habían heredado en el pasado.

El cambio transcendental se produce cuando, en el marco de la sociedad capitalista, en pleno desarrollo del Estado del Bienestar, parejo al proceso de industrialización, acontece el desarrollo de una amplia “clase media”, fundamentalmente urbana, que entrará en contacto, junto a la ya existente comunidad científica, con las manifestaciones culturales de ese momento. El Estado del Bienestar democratiza la política, democratiza la sociedad –representada en la clase media social – y democratiza la cultura, ofreciéndola al conjunto de la sociedad, con la finalidad de consumir “cultura”, en la misma línea que la sociedad está estructurada para consumir todo tipo de artículos.

El Estado del Bienestar al democratizar el concepto de “cultura” y convertirlo en un consumo de masas, transforma el concepto de “viaje” en concepto de “turismo” y, así mismo, modifica el concepto de “viajero” en el concepto de “turista”. El desarrollo del turismo es uno de los fenómenos sociales y económicos más sorprendentes y de mayores repercusiones que se produce en la mayoría de las sociedades industrializadas europeas y americanas, debido a tres motivos fundamentalmente: la extensión de las vacaciones laborales pagadas –el nacimiento del concepto de “tiempo libre” y la necesidad de consumir “ocio” – y el aumento del nivel de vida de los trabajadores que, se unieron al deseo de viajar y conocer otros lugares.

Por primer vez, se produce un deseo generalizado, por la mayor parte de la población de conocer otros lugares, otros paisajes, otros territorios. Así, el turismo se convierte en una de las corrientes mundiales con mayor repercusión en la vida contemporánea, porque ha predispuesto al conjunto de la sociedad a movilizarse y conocer nuevas cosas.

Pero, cuando hemos afirmado que, al estar en crisis el Estado del Bienestar, también está en crisis la “cultura” del Estado del Bienestar, significa que no nos podemos conformar, con tener una demanda de turistas –consumidores, predispuestos a consumir cultura – y, una oferta –con programas turísticos “supuestamente” culturales.

Y es, en este momento, en plena crisis económica, política, social y cultural, cuando la Geocultura debería tener un papel fundamental al reconvertir, de nuevo, al *turista en viajero*, y al *turismo en viaje*, donde realmente se pueda conocer, comprender y difundir, con una conciencia crítica, las verdaderas manifestaciones culturales que constituyen la identidad de un territorio: espacio, tiempo y cultura.

Pensar y creer que la Geocultura puede ser un elemento más, que posibilite la revitalización de un territorio, afortunadamente contando, ahora, con la participación crítica del conjunto de la sociedad. Es el gran avance experimentado a lo largo del siglo 20 y del que somos herederas las generaciones del siglo 21. Hemos tenido la oportunidad, esa gran parte de la población que antes estaba alejada de poder contemplar la riqueza cultural de un territorio, de desarrollar, desde otras premisas, una nueva sensibilidad social y cultural, generadora de valores que configuran el desarrollo integral del ser humano.

En plena crisis económica del siglo 21, surge la necesidad de “reinventarse” nuevos proyectos geoculturales y educativos, que sellen lazos identitarios entre la población y su legado cultural, entre el medio natural y el medio humano, interaccionando de manera conjunta, con la finalidad de contribuir, como un elemento más, a la revitalización de los territorios. Nuevas propuestas culturales y educativas, que han surgido como dinamizadoras y generadoras de recursos en época de crisis y que, además, nos han ayudado a situarnos de manera crítica en la sociedad en la que vivimos. Propuestas que posean la capacidad de transformar la sociedad a través de la cultura.

Proyectos que tengan la suficiente fuerza para desarrollar una nueva sensibilidad social y cultural que demuestren que el patrimonio cultural, tanto natural como humano, gestionado de manera adecuada en un territorio, en un recurso rentable para la sociedad.

Ejemplos muy significativos, encontramos, como en el proyecto puesto en marcha en la región de Pas-De-Calais, en el norte de Francia. Región muy castigada por la crisis, con más de un 16% de paro entre la población. La región de Pas-De-Calais es una de las 26 regiones de Francia que, en 1999 contaba con cuatro millones de habitantes, representando el 7% de la población total francesa y cuya población se ha estancado pues, transcurridos casi diez años, en la estimación realizada en el año 2007, se sigue manteniendo en esa misma franja demográfica. Aunque su centro administrativo es la ciudad de Lille, otra de las ciudades importantes de la región, es la antigua localidad minera de Lens.

Durante mucho tiempo ha sido económica y demográficamente una de las regiones más dinámicas de Francia. A mediados del siglo 19, tras el descubrimiento de yacimientos hullaferos en el bosque de Lens, se desarrolló la industria minera en la región bajo los auspicios de la “*Compagne de Lens*”, que serían nacionalizados, tras el final de las guerras mundiales y, que además, por su posición estratégica geopolítica, sufrió la destrucción de la ciudad y un importante retroceso demográfico. A partir de los años 1970 y 1980, el declive de la extracción carbonífera, que cesó la actividad en 1990, provocó la crisis del sector químico y metalúrgico, que hubo de diversificarse hacia otras manufacturas más competitivas.

Una región, que tuvo que enfrentarse a una reconversión industrial difícil, después de casi tres siglos de explotación del carbón, afectando a su modo de producción económica, a su población y a su paisaje. Región que, en plena crisis actual económica, demográfica e industrial, apostó, entre otros, por tres proyectos geoculturales y educativos para conseguir la revitalización de su territorio. En primer lugar, ligada al desarrollo de La Universidad de Artois. En segundo lugar, asentar la revitalización de su territorio, bebiendo de la herencia de su tradición industrial, al conseguir ser declarado Patrimonio de la Humanidad.

Las minas de la región Nord-Pas de Calais se transformaron en el 38 bien francés, registrado en el patrimonio mundial de la Unesco, como *“paraje cultural evolutivo y vivo”*. Como subraya la Unesco, la cuenca minera del Nord- Pas de Calais es un auténtico testimonio *“de la búsqueda de un modelo de ciudad por los trabajadores de mediados del siglo XIX hasta los años 1960, e ilustra una época importante en la historia de la Europa industrial. Un paisaje a la vez cultural, industrial y social que rinde homenaje al mundo desaparecido de la mina”*. De manera magistral, queda conectado el territorio con su población y sus manifestaciones culturales, uniendo el pasado con el presente y ligando su presente con el futuro de la región.

En este sentido, hay que reconocer el papel tan extraordinario que ha desempeñado la Unesco para el desarrollo y protección de las manifestaciones culturales, no solo materiales sino inmateriales, en el mundo, además de su acercamiento al conjunto de la sociedad, integrando los cuatro ejes fundamentales: conocer, proteger, conservar y difundir el patrimonio cultural de toda la geografía mundial.

En tercer lugar, el más decisivo a la hora de reactivar la economía local y revitalizar su territorio, *será un proyecto basado en la descentralización geográfica y la democratización cultural*, a partir de la creación de una nueva sucursal del Museo del Louvre parisino, en la ciudad de Lens, dando lugar al nacimiento del Museo Louvre-Lens. El nuevo edificio Louvre-Lens, realizado por los arquitectos japoneses Ryve Nishizawa y Kazuyo Sejima, está emplazado junto a una antigua mina de la ciudad de Lens. La idea nació en el año 2003, siendo presidente de Francia, Jacques Chirac, y se ha hecho realidad, con la inauguración que el presidente Hollande realizó en diciembre del 2012.

En palabras del director del Museo del Louvre, Henri Lyrette: *“Se concibe como un museo del siglo XXI, que debe responder no solo a los aspectos puramente artísticos, sino también educativos, sociales, geográficos y culturales. Lens, situada a una hora de tren de París, y cerca de Bélgica, Holanda, Inglaterra y Alemania, permitirá al Louvre renovar el viejo espíritu de la Revolución Francesa. El Museo del Louvre se creó para estar al servicio del*

*pueblo, y ésta es una gran ocasión para reconsiderar nuestra misión, interrogar a nuestras colecciones, salir de nuestras paredes habituales y mirar un poco más lejos. Esperamos, sobre todo dos cosas, que la población del Nord-Pas de Calais se apropie del museo y que los fieles del Museo del Louvre sientan ganas de venir”.*⁵Y como tal, revitalizará el territorio con la llegada de *viajeros*, que deberían estar dispuestos a reconstruir el pasado y vivir el presente, así como a garantizar el futuro de la región del norte de Francia, Pas-de Calais.

Afortunadamente, podríamos narrar muchas más experiencias que demuestran y confirman como la Geocultura es, entre otros, un elemento más que hace posible la revitalización y revalorización de un territorio. Ya que el hombre, a través de la Historia, ha modificado los espacios naturales y, en la mayoría de las ocasiones, a través de procesos de alteración y degradación, hagamos posible, que en los inicios del siglo 21, se invierta esa dinámica y, generemos proyectos vinculados a estimular la solidaridad y la democratización de actuaciones que garanticen el conocimiento, la conservación, la protección y la difusión de las manifestaciones culturales presentes a lo largo de la Geografía mundial.

Referencias

BRAUDEL, F. El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.

BRAUDEL, F. La historia y las ciencias sociales. Madrid: Alianza Editorial, 1982.

BUTTNER, A. Hogar, campo de movimiento y sentido del lugar. In: GARCÍA RAMÓN, M.D. Teoría y método de la Geografía humana anglosajona. Barcelona: Ariel, 1985.

ESTRABÓN, A. Geografía, Libro III. Traducción M^a J.Meana, y F. Piñero. Estrabón. Geografía, libros III-IV. Madrid: Gredos, 1992.

FERNÁNDEZ DE CORDOBA, J. A. Del “dejad hacer, dejar pasar” al “dejad hacer, dejad destruir”. En: Apuntes de Arqueología, Revista del CDL, Madrid, n. 236, diciembre 2012-enero 2013.

FERNÁNDEZ-ARRESTO, F. Los conquistadores del horizonte. Una historia mundial de la exploración. Barcelona: Destino, 2006.

- HERRERO, C. La formación del profesorado en Ciencias Sociales. Ijuí: Ed. Unijuí, 2005.
- HUMBOLDT, A. Ensayo político sobre el reino de la nueva España. Prefacio 1811. México: Porrúa, 2004.
- IRVING, W. Cuentos de la Alhambra. Edición e introducción de A. Gallego. Madrid: Espasa Calpe, Sección Austral, 2003.
- KUSCH, R. *Geocultura del hombre americano*. Buenos Aires: García Cambeiro, 1976.
- LANGÓN, M. Planteamientos desde una Filosofía y Liberación. En: SALAS ASTRAIN, R. (Dir.). *Pensamiento crítico Latinoamericano, conceptos fundamentales*. Santiago de Chile: Universidad Católica Silva Henríquez, 2005. V. II.
- NOIRIEL, G. Historia: por una reflexión pragmatista. In ROMEO, M. C.; SANZ, I. (Eds.). *El siglo XX, Historiografía e historia*. Valencia: Universitat de Valencia, 2002.
- RICKERT, H. *Ciencia cultural ciencia natural*. Madrid: Espasa Calpe, 1963.
- RODRÍGUEZ, F. Concepto y campo epistemológico de las Ciencias Sociales. En DOMÍNGUEZ, M° C. (Coord.). *Didáctica de las Ciencias Sociales*. Madrid: Pearson Prentice Hall, 2004.
- VIDAL DE LA BLACHE et. al. *Geografía, ciencia humana*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1977.
- WALLERSTEIN, I. *Geopolítica y Geocultura*. Ensayos sobre el moderno sistema mundial. Barcelona: Editorial Kairós, 2007.

Recebido em: 11/3/2013

Aceito em: 7/6/2013